



**LA PATRIA  
NOS LLAMA  
ORIENTALES  
AL FRENTE**

El 25 de marzo de 1815, los miembros del Cabildo de Montevideo leyeron aquella nota que les enviaba Otorgués desde la quinta de uno de los capitulares:

"Para las seis del día de mañana he dispuesto se orle la Vandera Tricolor en esta Fortaleza. V. E. que tanta parte toma en las glorias de las Provincias no dudo se dignará asistir a este acto tan honroso al nombre oriental".

Era Montevideo una aldea amurallada. Manzanas en cuadro, casas de fábricas y tejuela, las más de adobe y quincha, sobre todo allí en la costa del sur sobre la batería de San Sebastián, donde abundan los "huecos" recibidores de estibas de cueros y desechos. Sólo algunas calles han visto enaltecidos sus cauces con un afirmado de piedra, corroído por las lluvias y removido por las carretas criollas que van al puerto recostado al norte mirando a la bahía.

En las calles principales, donde sobre todo se merca y donde ser principal es ser comerciante, comienzan a abundar las casas de azotea. Allí la vieja clase goda hace vida de sociedad alejada del pueblo común que fatiga las veredas del llano; alguna casa ya es mansión y se encrispa en miradores que marcan un status y permiten otear la llegada de los veleros consignados al mostrador del interesado vichador.

En esos días de 1815, tienen azotea, viejos mercaderes afectos al corso como Pedro Berro, molineros-usureros como Antonio Pérez, padre de Juan María Pérez, ricos asentistas de la Marina como el poderoso "rey chiquito" Mateo Magariños, comerciantes de alta mar y hacendados de sierra agreste como Cristóbal Salvañach. Ya casi no bajan al Montevideo criollo ni pasean por el Recinto. Desde ese segundo piso de la pirámide derrotada escrutan ese pedazo de globo donde el diablo los ha arrojado y esperan. Esperan la partida de los malditos porteños, esperaron con aprensión la entrada de Otorgués, y ahora esperan la expedición reconquistadora de Morillo.

De tanto en tanto abren las tiendas semidesiertas. He aquí que saben medir la bretada en varas y separar una indiana de la escocesa, a ojo calculan los caldos en barriles y estos en frascos. Ven una estiba de cueros y saben los "rechazos" en el mismo gesto que calculan sus arrobos. Saben los descuentos y quebrantos que cada letra tiene sobre Londres, Río o Sevilla y perciben sus ondulaciones estacionales. No hay Dios que les birle un cuartillo cuando cambian, cuando compran, cuando venden. El mundo es un inmenso, proporcionado, aritmético friso donde cada cosa ocupa su lugar en proporción a su peso, cantidad y calidad: "en el principio fue el cálculo". Por eso están asombrados, porque los tiempos de ahora, los "tiempos de la patria" no se miden en varas, ni en frascos ni en libras. Se ha vuelto al caos original y cualitativo. "Dios mío", dijeron, "Señor Fernando", agregaron, "qué es eso de la bandera de los orientales".

Lejos ya del infierno, a salvo el pellejo, pero tembloroso aún el recuerdo, dos comerciantes de pro habrían de contarle a sus jerarquías españolas:

"Parecía que nada podía aumentar las aflicciones del heroico Montevideo —contaban temblorosos testigos "godos"—, pero el 25 de marzo los Vandidos



enarbolaron la Vandera de la independencia, celebrando este suceso con salvas y Te Deum; y llevando la ferocidad hasta el extremo de tender la Vandera Española en la Puerta del Muelle y por las calles, obligando por la fuerza que la pisasen los leales que se resistían a hacerlo".

Los criollos además de soberbios eran intolerables. Los chacreros del Colorado, de Toledo, aquellos que rendían su trigo en flor a las armas triunfantes de la usura de Mateo Magariños, los negros libres que habían cimbreado el torso de la danza escapista y que ahora sabían maniobrar en cuadro de infantería, los medianeros a la fuerza, los puesteros porque no hay de qué vivir, los peones de saladeros que entregaban la vida por reales, venían formados en divisiones desde los alrededores. Desde esos miradores se les podía ver costear la bahía, rodear la Aguada de los Marineros, sortear la Barranca y recostarse a la cuchilla donde hoy cruzan Uruguay y Río Negro, doblar en recto y cepillar el albardón, con los pingos cortones y flacos enderezando a la Puerta de San Pedro.

Posiblemente allí estuviera Lorenzo Ruiz Díaz que más tarde se pobló en la horqueta del San Juan y Miguelete, levantó un corral grande de ñandubay y levantó hasta el cielo la quincha que se daba en las márgenes de sus linderos, y el indio Nicolás Curuzú que anduvo siglos de opresión antes de ser hacendado libre entre el Flores y el Averías Chico en los campos que fueran del murrango

Juan Francisco Blanco. No se debe haber perdido la fiesta Víctor Delgado, maestro de los pobres de San Carlos, Jacobino y roussoniano, subversivo pertinaz, organizador de patotas de escolares al grito de "Mueran los godos", que no quiso ser menos y también puso hacienda revolucionaria en Piedras de Afilar en el casco mismo de las heredades del finado Villanueva Pico.

Imponente espectáculo, señor Cristóbal Salvañach, cifra apocalíptica señora Achucarro de Viana. Ruge el paisaje allí donde vosotros hablabais con recato, la catedral violada festejando la revolución y la liberación, Te Deum invadiendo la cronología destinada a capellanías y misas eternas de fundadores de esta sociedad que se derrumbó. Y como símbolo coronante, el blanco borbónico arriado, mancillado, y el tricolor americano en lo alto del mástil de la Fortaleza.

Los orientales no habrían de olvidar ese 26 de marzo, cifra de su enseña rebelde y libertaria, acontecimiento que cargaron de política radical y de gesticulación revolucionaria, para que sellara la memoria de los hombres. Parece que con ello recordaran a nosotros, sus descendientes, que el 26 de marzo debe ser conmoción popular, promesa y compromiso, pueblada cristiana y no procesión de cajetillas, confirmación de lo más hondo y querido, confirmación de la patria republicana, libre, democrática, radical y revolucionaria.

El 26 de marzo se renovó el temblor de la oligarquía, sólo por una cosa, porque se renovó la soberbia y la alegría popular del pueblo artiguista que cierra filas en el Frente Amplio.

El pueblo oriental volvió a manifestar y a honrar su bandera tricolor. Hoy no se ve la cuchilla que empalma por el camino de Maldonado, pero por la altura hormigonada campearon los textiles de Maroñas; atravesando el Pantanoso y el Miguelete vinieron los obreros de los frigoríficos y en La Teja se sumaron los trabajadores del vidrio y del Bao. Por allí donde estuvo el Reducto de Rondeau creció el río en mar por las incorporaciones de ANCAP. El arroyo Seco ya no arrojó aguas escuálidas sino millares de obreros de la UTE, y pasado el bajío de la Aguada, por allí donde abundaban los esclavos harineros de Juan María Pérez, se incorporaron los trabajadores de la lana. De este Montevideo de manzanas en cuadro de casas de lana y madera, de plantas de azotea, de conventillos ruinosos, de multitudinarios apartamentos insalubres, se vio un fluir constante de estudiantes, profesores, maestros, vecinos viejos, jubilados, mujeres y miles y miles de jóvenes. Hay en todos ellos alegría, rabia, melancolía, esperanza y seguridad. No hay uno que no sienta el azufrado tiempo de la liberación.

Todos lo saben. Habremos de triunfar, sobre vosotros, oligarquía, y sobre vuestros amos imperialistas. Y entonces, como vuestros antepasados, os veremos encaramados en vuestros miradores esperando al nuevo Morillo con la Infantería de Marina. Dicen que para ello estáis reparando el viejo palio con que recibisteis a Lecor. Sólo sabéis el gesto y la rutina de la sumisión.

El siglo XIX quedó atrás. Esperáis en vano. Ha vuelto "el tiempo de la patria". Temblad tiranos!

LA PATRIA NOS LLAMA: ORIENTALES... AL FRENTE!



COMISION  
DE  
PROPAGANDA

